

EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 13 de Agosto de 1921.

Número 33.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos. Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Ahora va de veras

España es el pueblo menos previsor que existe. De aquí proceden todas sus desdichas.

En el año tristemente célebre de Caviar y Santiago de Cuba se puso de mani fiesto que aquí todo estaba desorganizado todo era de cartón con purpurina, porque nadie cumplía con su deber y todos adoran ban al becerro de oro.

Se firmó un vasapalo horrible, no nos dieron los que si estaban gobernados y administrados y, por lo tanto, tenían instrumentos de verdad y no de papel engomado.

«De ahora en adelante, digimos, se acabaron las faras y los relumbrones y los chanchullos».

El desastre fué en el noventa y ocho del siglo décimo nro. En el nueve del siglo veinte vino el segundo, porque todavía usábamos aparatos de cartón que nos entusiasmaron con su brillante aspecto: má quinas administrativas, guerreras y eclesiásticas verdaderamente preciosas. ¡Qué de adornos, plumas, dorados, cintas, bandes, brillantes, perlas, encajes y brocados!

Probamos a ver si las eclesiásticas santificaban, y nos encontramos con qué hacían todo menos eso. Probamos si las administrativas moraban y dignificaban la vida del pueblo, y resultó que se la hacían cada vez más y miserable dificultosa. Qui simos hacer uso de las guerreras y se fué cada pedazo y cada plumero y cada cinta por su lado.

Eso pasó en el año nueve del presente siglo, como ya he dicho, y en el veinte ha descargado sobre nosotros una nube de piedra, que riase ustedes de las del noventa y ocho y del nueve.

Eso sí, ahora ya nos ha cogido con más máquinas defensivas y ofensivas... peores todavía que las de marras.

Mis no importa.

A la hora presente se va a formar ó está formado ya un Gobierno que podríamos

llamar de la verdad. Lo va a restaurar todo. Va a sustituir el cartón por el oro, el acero y la piedra barroquía. La moral más austera é inflexible va a presidir en rombramientos, subastas, compras para el Estado, comisiones técnicas, recompensas al mérito. Nada de relumbrones, sino inteligentísimos operarios en los diversos ramos de la administración de España. Estricta justicia para todos.

Esto, claro es, lo van a hacer unos estadistas colosales, preparados maravillosamente para los muy diversos ministerios que van a presidir. Un tal Manra, un tal Romanones, un tal Cierva, un tal Cambó, quizás un tal Alba..., desconocidos todos en el campo político.

En fin, gente completamente nueva, incapaz de dar al pueblo el tino del cartón como se lo dieron los gobernantes de antes del noventa y ocho, de antes del nueve y de antes del veinteuno. Ahora va de veras.

¿Que esto es lo mismo que decir que España va a dejar de ser España?

Es posible, y acaso para un bien, que perdiera el número uno entre los pueblos inmorales, con tal de que conservara el primer puesto entre los pueblos católicos y devotos, que es en lo que estriba su actual grandeza, su prosperidad y su gloria.

Regeneración republicana

PERPLEJIDAD

¿Fué un extraño fenómeno psicológico, ó el espejismo de un pasado borroso el que nos impulsó a montar en *Rocinante* y empuñar la lanza quijotesca, para en drezar centuros y castigar a los vividores que medran en el campo republicano?

¿Qué pudo influir en nosotros para hacernos creer que interpretáramos el sentir unánime de la opinión pública, especialmente el de nuestro partido, al decir que España necesitaba abolir urgentemente el régimen actual de esclavitud, de arbitrariedades y de atropellos, si que ría redimirse y formar una nueva, simbolizada por las palabras Libertad, Igualdad y Fraternidad?

¿Fué la locura tal vez?... ¿El romanticismo acaso?...

Esto nos hemos preguntado algo confusos, al ver lo estéril de nuestras solicitudes al concurso y apoyo de las Juventudes republicanas, hasta que la luz de la realidad ha iluminado el abismo de nuestras dudas. ¡España debe ser para algunos el complemento de Jauja!...

Pues únicamente así nos explicamos el silencio ó la indiferencia con que ha sido acogida una iniciativa que tomamos por creer que seríamos secundados, y rápidamente, por la mayoría de los jóvenes de espíritu independiente. Mas no ha sido así.

En total hemos recibido cuatro adhesio-

nes a nuestra campaña, de otras tantas Juventudes de provincias, pero tan incoloras, tan ambiguas, tan impropias de jóvenes, que las damos por no recibidas. Sólo una, la de Puente Genil, respot de bien a nuestros deseos y nos ha llenado de satisfacción. ¿Será también que quienes la firman se hallan incluidos en nuestros intereses?

De todas formas, como esto parece tener visos de fracaso, hemos llegado a la conclusión, repetimos, de que España es para algunos el país más feliz de la tierra, y, por lo tanto, no necesita defensores altruistas que sacrifiquen por lo que ya tiene su tranquilidad, su libertad ó su vida.

Así es que estamos perplejos, no sabiendo si desistir de nuestro empeño, ó continuar agitando en el vacío.

Si el señor Nkens quisiera darnos su parecer, lo seguiríamos, fuese el que fuera.

ANTONIO ESPINOSA.—VICTOR VI-
LA.—LUIS D AZ OYUELOS.

Madrid y Agosto 1921

¿Mi parecer?

Allá va:

Cuando recibí la carta en que me decían ustedes lo que intentaban, estuve dudando en si publicarla ó no.

No encontrando razones que justificasen mi negativa la inserté, pensando, como dije al contestarles, que sería una inconsecuencia en mí cerrar las puertas de EL MOTÍN a los que venían dispuestos a proseguir la campaña que todo mi vida sostuve.

No quise pintarles lo dura que había sido por no desanimarlos, y también porque no me supusieran tan vanidoso que creyese que nadie podía triunfar en un empeño en que había fracasado yo.

Además, ¿no podían las Juventudes de hoy pensar de modo distinto que aquellas otras que no dejaron en el partido otro recuerdo que el de los bailes que dieron, ó las meriendas á que asistieron, ó los banquetes que celebraron?

¿No podrían tener otro concepto del ideal republicano, y por lo tanto, influir poderosamente en la reorganización del partido?

¿No sentirían, al par que los entusiasmos propios de la edad, las hermosas indignaciones de los que comienzan á vivir, y que les impiden acomodarse á la farsa permanente y la mentira constante, único procedimiento seguido de algunos años acá por los organiz-

mos directivos de todas las fracciones republicanas?

Por todas estas consideraciones me abstuve de matir en ustedes las esperanzas que rebotaban en su carta.

Mas hoy que han tocado la realidad y que solicitan mi consejo, no seria quien siempre fui, si les dijese otra cosa que esto:

Desistan de seguir llamando a los que hubieran acudido en cuanto oyeron su voz, de pensar y sentir como ustedes.

Conviene integro el derecho a hablar alto y claro, y no se preocupen de la opinion de los inconscientes mientras estén satisfechos de la rectitud y honradez con que proceden. Estar satisfecho de uno mismo, da en positi: es una fuerza de resistencia incalculable para luchar por la verdad y la justicia.

Enorgullezanse de haber tomado esa iniciativa generosa, democrática y patriótica.

Y estén siempre dispuestos a sumarse con los que un día puedan resucitarla, pues ese día llegará.

Y nada más por hoy, agradeciéndoles la confianza que en mí han puesto.

JOSÉ NAKENS

Hombres y cosas

EL EGOÍSMO BRUTAL

El cronista se halla perplejo ante las albas cuartillas, no sabiendo qué escribir. Es decir, si lo sabe, pues le sobran materia y arrestos para emborronar muchas cuartillas y cantar muchas verdades. Pero no le dejan hacerlo y tiene que callar ó acudir al socorro de temas de cosas frívolas y sin sustancia, y aún en éstas también se halla a veces brecha por donde se cuele la milicia y la suspicacia.

Y es que entre nosotros reina un egoísmo feroz, brutal, sin límite ninguno. Cada ciudadano es un ególatra, sin más freno que sus apetitos y pasiones. Todos somos muy buenos mientras no se ataque á nuestro egoísmo y se nos deje tranquilos en el goce y disfrute de nuestros caprichos.

De aquí nace esa intolerancia, esa soberbia, ese desprecio del bienestar y de la comolidad, jenos que se observa en todos los detalles de la vida diaria.

Ca la individuo va por esas calles dando dentelladas á la libertad de los otros apenas se opone en algo á sus demandas. La verdadera libertad consiste en no atropellar la de los demás en todo aquello que sea lícito y justo. Porque para el mal no hay libertad, ni puede haberla.

Para contemplar hasta dónde llegan las manifestaciones del egoísmo brutal que nos invade, obsérvese á la multitud en los casos y circunstancias en que todos á un tiempo quieren y desean una cosa, como penetrar en un

espectáculo, tomar un tren ó tranvía, coger alguna cosa, disfrutar de una comolidad y privilegio. Entonces se despojan todos de su falso barniz de cultura y surge á la superficie la barbarie indómita que todos llevamos dentro. No se respeta á señoras ni á niños, ni á ancianos, y no se esgrimen más argumentos que los puños.

¡Cuán asquerosa y repugnante es así la Humanidad vista al desnudo! Todo el dorado manto de educación con que queremos encubrir nuestros instintos animales se desgarró y se arrojó apenas hay algo que se coloca como freno ante nuestros deseos y gustos. Es el egoísmo feroz que invade todo nuestro ser y que no tolera un solo dique, ni freno, na la que nos ponga un obstáculo.

Esto se pone más de relieve en todos aquellos que gozan una partícula de autoridad, sea de la índole que sea. Endiosados, cega los por unos vagos destellos de mando, cifran todo su placer y orgullo en humillar y molestar á los demás. To lo el que por desgracia tiene que rozarse con tipos de este jaez sabe muy bien que es muy cierto lo que de ellos.

El egoísmo brutal de todos es un semillero inagotable de rencillas, discordias y disensiones que durarán siempre, mientras el hombre no se determine á cercenar un poco sus bárbaros instintos, que coartan los derechos de todos los demás.

FRAY GERUNDIO

Alabanza merecida

Aunque parezca estupendo que en EL MOTIN se honre á un hoy yo lo mi agros canto [Santo, del excelso San Remiando.

Desde que los comerciantes, por codicias desuadas convierten en barricadas las que tiendas eran antes, y camisetas, camisetas y zapatos y sombreros son trabucos naranjeros para afinar las pesetas, aún los más encoquetados y linajados varones llevan botas, pantalones y sombreros remendados.

Del remiendo salvador no hay libre ningún mortal, sino es algún concejal, rata ó capirador.

No hay pantalón que resista un examen deterido; lleva el cuchillo escondido en lo que no está á la vista!

El zapato más cubierto de cremas y brillantes, tiene más piezas á veces que el programa de un concierto.

Sin dibujar ni escribir ni haber hecho una ecuación resuelve algún pantalón la cuadratura del cír.

Las camisas llevan piezas que se van multiplicando y que las van transformando como en un rompecabezas.

¡Oh remiandos bendecidos!

¡Vosotros sois municiones que destronáis escuadrones de furibundos bandos!

Yo á los pueblos encomiendo que en toda casa y hogar tengan puesta en un altar la imagen de San Remiendo.

Toda decente persona lleve el remiendo sagrado; al que no esté remendado que lo metan en chirrona.

Y nadie lo verá mal, pues siempre tendrá que ser político, mercader, agiotista ó concejal.

JUAN GIL

Entre las tumbas

Cinco amigos que se reunían mensualmente en un restaurant en recuerdo de su juventud, solían charlar de sobremesa hasta los dos de la madrugada.

Uno de los personajes más alegres de la reunión era José Bardón, solterón muy popular en París por su gracia y buen humor habituales.

—Una día —exclamó nuestro hombre— me ocurrió hace años una aventura muy singular.

—¡Cuéntala, cuéntala! —dijeron á la vez varias voces.

—Con mucho gusto. A mediados de Septiembre salí una tarde de mi casa sin saber á dónde dirigirme. Encendí un cigarro y me encamité estúpidamente hacia el boulevard exterior, cuando de pronto se me ocurrió la idea de llegarme hasta el cementerio Montmartre y entrar en él. Eché á andar por entre las tumbas y me puse á leer los epitafios.

Después de un largo paseo iba ya á retirarme, cuando noté la presencia de una mujer vestida de riguroso luto, arrodillada ante una tumba.

Su velo de crepón, levantado en aquel momento permitía admirar una soberbia cabeza, cuyos rubios cabellos parecían estar iluminados por una luz matinal bajo la noche de su tocado.

Aquella mujer debía sufrir horriblemente — juzgar por su actitud y ver el llanto que brotaba de sus ojos. Vió que yo la miraba y se ocultó el rostro entre las manos como avergonzada de mi indiscreción. Sus sollozos llegaron á ser convulsivos y su cabeza se inclinó sobre el mármol. A los pocos instantes cayó en tierra inmóvil y sin sentido.

Me acerqué á ella y le sepé en los párpados, mientras la el siguiente epitafio: «Aquí yace Luis T. odoro Carré, capitán de la infantería de Marina, muerto por el enemigo en Tonkin. Regad por él».

No tardó la desconocida en recobrar el conocimiento. Apenas hubo abierto los ojos me dió las gracias por mi cuidado, y á instancia mía me refirió sollozando su historia, habiéndome de la muerte de su marido al cabo de un año de matrimonio, después de haberse casado por amor, porque, huérfana de padre y madre, no disponía más que de la dote reglamentaria.

La consolé como pude y la ayudé a lavarse.

—No permanezca usted aquí más tiempo —le dije.

—Me siento sin fuerzas para andar.

—Se apurará usted en mí.

—La necesidad me obliga a aceptar su generosa oferta.

Partimos juntos, apoyada ella en mi brazo, y cuando estuvimos fuera del cementerio me dijo con voz de aflicción:

—¡Creo que voy a ponerme mal!

—¿Quiere usted que entremos en un establecimiento para que tome usted algo?

—Sí.

Entramos en un restaurant inmediato y la hice tomar una taza de té muy caliente que, al parecer, la reanimó bastante.

Me habló de la vida solitaria que llevaba sin tener a quien confiar sus penas y sus dolores.

Me enternecí ante su relato que creí sincero y le ofrecí acompañarla a su casa en coche.

Cuando el carruaje se detuvo ante la puerta de su domicilio, me dije:

—No sé si podré subir sola hasta el cuarto quinto, donde vivo. ¿Quiere usted darme el brazo hasta mi habitación?

—Con mucho gusto.

Después de haber subido muy lentamente la escalera, al llegar a su puerta la enluta la añadido:

—Etre usted un momento a descansar.

Y entré.

La casa era muy modesta, pero estaba muy limpia y muy bien arreglada.

Nos sentamos frente a frente, y después de una hora de conversación le pregunté:

—¿Dónde come usted?

—En un restaurant de las inmediaciones.

—¿Sola?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted comer hoy conmigo?

—¿Dónde?

—En un buen restaurant del boulevard. La invitada se resistió al principio, pero no tardó en acceder a mi ruego.

La comida fue muy cordial y animada, y al final de ella nos tratáramos como los mejores amigos del mundo.

Aquellas relaciones, iniciadas entre las tumbas duraron cerca de tres semanas. Recordando que ahora doné a aquella mujer pretextando un viaje al extranjero.

Tanto urrió un mes sin que se me ocurriera ver de nuevo a mi futura esposa conquistada. Sin embargo, no me olvidaba de ella. Su recuerdo me perseguía como un misterio, como un problema psicológico, como una de esas cuestiones inexplicables cuya solución nos preocupa constantemente.

No sé por qué una tarde supuse que habría de encontrar a en el cementerio Montmartre, y a él me dirigí presuroso.

Disgustado por el largo tiempo por las principales calles, sin encontrar más que a los visitantes que no he roto aún toda clase de relaciones con sus muertos.

La tumba del capitán fallecido en el Tiro no tenía que en mí sobre ella, ni estaba adornada con flores y coronas.

Pero al internarme en otro barrio de la gran ciudad de los difuntos, vi venir hacia mí una mujer vestida de riguroso luto, apoyada en el brazo de un hombre. ¡Oh, sorpresa! Cuando se acercaron reconocí a mi antigua conjuista, ¡Era ella!

Al pasar la desdichada por mi lado, me guiñó el ojo, como diciéndome: «¡Por Dios, no me reconocas ni me digas una palabra!»

El individuo que la acompañaba era un caballero distinguido, oficial de la Legión de Honor y hombre de unos 50 años.

Y el infeliz la sostenía como yo la había sostenido hacia cosa de dos meses.

Me retiré del camposanto y pregunté a qué clase de seres pertenecía aquella sepulcral criatura.

¿Ella la única en su género? ¡Había otras como ella? ¡Tan sólo a ella y a la mujer se le había ocurrido una idea tan admirable y de tan profunda filosofía?

No sé lo que hubiera dado por saber de quién era viuda aquel día mi célebre conjuista.

GUY DE MAUPASSANT

IMUCHO OJO

Se han reanudado del todo las relaciones diplomáticas entre Francia y el Vaticano. Ya ha presentado sus credenciales el Nuncio.

Buena ocasión para que hiciésemos traspasar los Pirineos a las pjaras de frailes que vinieran a engordar en España cuando los espulsaaron de la vecina república.

Y compadezco a los niños franceses que tengan la desgracia de ir a sus colegios, por los desperfectos morales, intelectuales y físicos de que seguramente serán víctimas, si reanudan los frailes la sucia tradición que hicieron célebres al de Citeau allá y al de Corbán aquí.

Quien malas mañas há...

CONFITEOR

I

¿Cuántos años tienes?—Diez.

—¿Y cuánto tiempo ha pisado desde que te has confesado?

—Esta es la primera vez.

Se empiezan mis papis en que había de vivir...

—Bien.—¿Si te da que decir un pecado nada más?

Vive en mi calle hace un mes una niña de mi edad,

que se llama Caridad,

muy lista muy guapa y... ¡Pocsi!

—Eso no es malo. Adelante.

—Desde que nos encontramos la vez primera, no estamos separados ni un instante.

¡No lo puedo remendar!

Y vivimos de este modo,

jugando alegres a todo lo que se puede jugar.

Sin ella perdido soy,

ella me quiere también,

y, en fin, el cariño... Bien;

no importa nada.—A eso voy.

—¿A qué?—Mi mamá en el Prado

me vio un día darle un beso

y gritó: «¡Christ! No hagas eso,

que es pecado, que es pecado.»

—Vámonos y te convenció de que pecastes? Pues...—Dí.

—Mi mamá dice que sí,

pero yo creo que no.

—(¡Pbrechil!) Y haces bien.

Aun no os combaten las ruinas

pasiones; los qñ rabinos

se besan en el Edén,

y jamás ofende a Dios

ese cariño inocente

que fande constantemente

en un espíritu dos.

—¡Gracias, señor cura!—Cesen

vos dudas y tu impaciencia.

¿Qué importa a la Providencia

que dos singeles se besen?

—¿Me da usted consentimiento?

—Haz lo que quieras desde hoy.

—Gracias... ¡Qué contento voy!

¡Qué contento!... ¡Qué contento!

II

—Padre mío, hace seis años

que fué usted mi confesor.

—Vámonos, me da rubor

confesarme con extraños.

—¿Quieres adular al juez?

—¿Gusta la acción consumada?

—¡Cá, no sé! ¡Casi nada!

lo mismo que la otra vez.

—Vámonos.—Que Caridad

me adora, que yo la adoro,

y es mi dulce, mi tesoro

y mi...—¡Nada!—La verdad;

que en su boca bebo amor...

—¡Jesús!—Y en el alma siento

rápido estremecimiento,

dulcísimo, embriagador.

Que al rozar sus labios rojos,

y al estrecharla en mis brazos

el corazón a pedruzcos

se me sale por los ojos,

y que de exrta embriaguez

esci...—¡P r Dios, déntel!

—¡Pero si es exactamente

lo mismo que la otra vez!

—¡Pero! Engañado estás...

—¿Suficiente?—¡Y Dios te castiga!

—¿Qué será cuando le diga

lo que falta?—¿Falta más?

—¿Sabes lo que dices?—Sí;

sólo por eso he venido.

—¡Desgraciado! ¡Estás perdido!

—¡Y no hay gloria para tí!

E fuégo eterno te espera,

La Biblia te guarda...—Dí fijo;

pero como usted me dijo

que hiciese lo que quisiera!

SINESIO DELGADO

No recuerdo si es en Salamanca, Compostela o Alcalá de Henares donde se conserva a título de documento curioso un contrato de inquilinato que dice en una de sus cláusulas:

«No podrá el inquilino tener en la casa conejos, cerdos, frailes, e estudiantes de teología, ni otros animales dañinos.»

IESCAMATII

Un individuo que se firma *Dr. Noquer y Molins*, ha publicado en el *Diario de Barcelona* un artículo ensalzando los prodigios que ha presenciado en Lourdes. En uno de los párrafos dice:

«El acto de la bendición con el Santísimo es un espectáculo imponente. La fe del creyente se aviva de un modo extraordinario, especialmente cuando entra el Santísimo en la explanada, se para la procesión y el sacerdote va dando la bendición con el Santísimo a cada enfermo, mientras otro sacerdote, con voz vibrante, entona las letanías, que repiten con fervor todos los presentes. La emoción llega al sumo; la mayor parte de los presentes no pueden contener sus lágrimas.»

No me pondría en manos de un mé-

dico que hiciese propaganda de imágenes que curaban enfermos.

Como no creería en la buena fe del cura que desde el púlpito recomendase la lectura de El Motin.

Y me preguntaría:

¿Qué martingala se traerán estos que tiran piedras á su tejado?

El toque de pienso

HISTÓRICO

Ocurrióle á un cardenal, arzobispo de una capital levantada, celebrar en dicho punto un Congreso eucarístico, y al efecto invitó á todos los prelados españoles para que concurrieran al mismo; prometieron su asistencia 15 ó 20 arzobispos y obispos, y con este motivo la capital antes citada se vio invadida por el clero de casi todas las diócesis de la Península é islas adyacentes, se organizaron grandes y solemnes festividades religiosas, como preparatorias del Congreso, y cuentan los comentaristas de aquella época que pasaban de 6 000 las sotanas que podían constarse en aquella ciudad.

Como el Congreso era público y se hacía difícil encontrar edificio capaz para todos, el cardenal organizador del mismo pensó celebrarlo en una plaza de la ciudad en donde con holgura se acomodarían tantos reverendos, mereciendo la elección la plaza de Tetuán por su anchura y despejo, y en ella se construyó un gran tablado adornado con la famosa colección de tapices de la catedral y con siltos y cómodos sillones para los prelados y sillas para el clero.

Hemos de hacer constar, como dato interesante á nuestro objeto, que en la mencionada plaza, entre otros grandes edificios existían la Capitanía general, un cuartel de infantería y otro de Artillería.

Llegó el esperado día del Congreso eucarístico; la plaza de Tetuán estaba llena de una multitud ansiosa de contemplar el magnífico y nuevo espectáculo del Congreso; el Municipio y la Diputación provincial en corporación y bajo mazas ocupaban los puestos reservados á las autoridades; también asistían el gobernador civil y capitán general con sus numerosas comisiones: sólo se esperaba al cardenal y á los prelados.

Un movimiento de oscilación en la multitud dió á conocer que se acercaba la comitiva de los príncipes de la Iglesia; á la cabeza de ella, jinete en una magnífica mula blanca, venía el cardenal; los demás arzobispos y obispos, también cabalgando en lustradas mulas, le seguían formando lucida y vistosa cabalgata.

La multitud abrió paso respetuosamente, las autoridades se pusieron en pie para recibir dignamente á los obispos, y en este crítico momento se oyó el agudo son de una trompeta que tocaba pienso.

Ni la del juicio final ni la biera producido mas estragos; oíase el toque, enderezar las mulas las orejas en aquella dirección y salir disparadas hacia el cuartel, todo fué uno.

Vanos fueron los esfuerzos de los conductores para contenerlas; las mulas seguían su trote hacia el cuartel atropellando á la multitud, y era de ver las caras de los graves obispos y oír sus clamores. No hubo remedio; la serriedad del acto estaba

terminada; cuentan de un obispo que, atropellando la guardia, apareció montado en el patio del cuartel.

¿Qué cual era la causa de esto? Sencillamente que las mulas mortadas por los obispos pertenecían al regimiento de Artillería alojado en dicho edificio, que hacía muchas horas que no habían comido, y que al oír el toque de pienso pensaron sin duda en lo de que el que no parece, perece y quizás también en lo de que «primero es la obligación que la devoción.»

M. G.

Salíó de caza el cura de un pueblo de la Mancha, y viendo retozar dos conejos, se echó la escopeta á la cara, mientras se hacía la reflexión siguiente:

—Si mato los dos, uno para las benditas ánimas y el otro para mi buen ama.

Dispara y solo mata uno, y viendo al otro salir escapado, exclama desternillándose de risa:

—¡Vaya un paso que lleva el de las ánimas benditas!

Quisicosas clericales

LOS GITANOS DEL SERMÓN

A Melchor y Apolinar, gitanos de mucha cuenta, acorrecjón Vicente á escuchar.

—¡Y pa qué, si ezo es pamprinai, Apolinar contestó.

Y Vicente replicó:

—¡Es la palabra divina! —Poz no creí que fuera tanto, dijo Melchor muy ser ote.

—Si; cuando habla el sacerdote habla el Espíritu Santo.

Y añadió aquella mujer razones tan convincentes, que al cabo sus dos oyentes dejáronse convencer.

Fueron, llegado el momento, á la casa del Señor, y hablaba el predicador del séptimo mandamiento.

Contra los que de lo ajeno se apoderan, el buen cura por meterlos en cintura se ponía á ser ote.

Y citando fechorías de cacos aprovechados llegó el turno á los menguados que iban caballerías.

Entonces Apolinar, en tono muy lastimero le dijo á su compañero:

—Este ya es otro cantar. Vámonos d'aquí, Melchor; ya no se puede aguantar tanto. Hoy el Espíritu Santo está de mu mal humó.

MARCELIANO RIVERA

Viven enfrente de un cura las hermanas Gloria y Paz, dos modelos de hermosura por su arrogante figura y su encantadora faz.

Casi todas las mañanas al levantar las persianas,

si está el cura en el balcón buscan su conversación las desenvueltas hermanas.

Y cuando él se va á acostar, sin duda, por no pensar las evoca en su memoria, y dice en vez de rezar: ¡Aquí, paz; y después... glorial!

Se acusaba una devota ante un ministro de paz que la inclinación al juego la arrastraba sin cesar.

—Piensa bien, él la decía, y si lo piensas verás que es el juego el más funesto vicio de la humanidad. Sólo el tiempo que se pierde, y que nunca volverá, debe ser causa á alejarte de esa pasión criminal. —¡Ay padre, si muchas veces lo he reflexionado ya, y me duele haber perdido tanto tiempo... en barajar.

MANUEL DEL PALACIO

DUDA JUSTIFICADA

Eran Ramón y Facundo dos curas á los que unía un afecto muy profundo, y el primero cierto día se fué á casa del segundo.

Tenía Facundo un ama, y como só o una cama había en la habitación, el presbítero Ramón comenzó á ser tir escama.

Y sin ver que era imprudente su inquisitorial anhelo, dijo socarronamente: ¿Quién es aquí el penitente que duerme en el santo suelo?

ANTONIO ORTIZ

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Santaña. Bernardino Sancifrián y amigos 100 pesetas.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Lugo. — Valentín Roldán. Aborada su suscripción hasta fin Septiembre 1921.

Idem. — Enrique Blanco. Id. Id. á fin Septiembre 1921.

Utrera. — Enriqueta González. Recibido su giro de 3 pesetas. Corfórme.

Granollers. — G. P. bernat. Id. Id. de 25 a cuer ta.

Barco de Valdeorras. — E. Martínez. Id. Id. de 15. Corfórme.

Segorbe. — Rafael Pérez. Id. Id. de 25.50. Corfórme.

Minas de Riotinto. — Benjamín Puente. Id. Id. de 3.

Casá de la Selva. — Antonio Morató. Id. Id. de 6. Corfórme.

Gibraltar. — M. García. Id. Id. de 10 á cuenta.

En broma y en serio

FOR

JOSE NAKENS
DOS PESETAS TOMO

Imp. Juan Pérez. — Pasaje de Valdecilla, 2. Madrid.